

La almohada de Manel

Manel era un niño de cinco años que tenía muchas ganas de ir a la escuela cada mañana, jugar con sus amigos y comer bocadillos de jamón dulce. Pero había algo que le costaba un poco… acostarse.

Cada noche, cuando llegaba la hora de ponerse el pijama, Manel hacía tiempo:

—Ahora me lavo los dientes… después recojo los juguetes… y luego quiero agua… y más tarde… —y así pasaban los minutos.

Una noche, mientras su madre, Maria, lo tapaba con la manta verde de siempre, Manel preguntó:

—Mamá, ¿por qué dormir si yo todavía tengo ganas de jugar?

Maria sonrió y le dijo:

—Porque tu cuerpo necesita descansar para crecer fuerte, y porque tu cabeza también necesita descansar de tantas aventuras. ¿Pero quieres que te cuente un secreto?

Manel abrió mucho los ojos.

—¿Qué secreto?

—Tu almohada sabe guardar recuerdos. Cada noche que apoyas la cabeza en ella, puedes contarle todo lo que has hecho durante el día. Ella los guarda muy bien hasta el día siguiente. Sólo hace falta que le hables flojito, y luego cierres los ojos.

Manel se quedó pensativo. Aquella noche, en vez de pedir más agua, se acercó a su almohada y le dijo, en voz baja:

-Hoy he jugado a fútbol en el patio, he comido un yogur de fresa y he hecho un dibujo de un camión rojo.

Luego cerró los ojos. Y se quedó dormido sin darse cuenta.

Desde esa noche, cada vez que tenía la cabeza llena de cosas o el corazón un poco nervioso, Manel explicaba a la almohada cómo había ido el día. A veces le decía cosas alegres. A veces cosas que no le habían gustado mucho. Y siempre, siempre, la almohada le escuchaba en silencio, bien blandita, sin hacer preguntas.

Maria y Agustí, el padre de Manel, lo sabían. Y cada vez que el niño se tumbaba con una sonrisa, le decían:

—Buenas noches, pequeño. Cuéntaselo todo a tu almohada.

¿Y tú... ya le has contado tu día a la almohada?